

UN NIÑO LLAMADO GÁRGOLA

EL ASUNTO DE LOS CONEJOS EN LOS UMBRALES

Mike Wilson

UN CONEJO EN LA PUERTA

Oscureció más temprano de lo normal. Gárgola lavó su plato y subió a su pieza en el ático de la casa. Al entrar, se atisbó en el espejo que colgaba de la puerta. Se notó más pálido y delgado de lo habitual. Se le marcaban las ojeras, tenía los ojos hundidos y cavernosos, las cuencas oscuras. En más de una ocasión le habían dicho que su mirada era tenebrosa. Intentó despejar el cabello negro que se desparramaba sobre su frente, pero no hubo caso, caía tercamente sobre sus cejas. Se puso de lado y lamentó su postura. El espejo exhibía una silueta delgada y de baja estatura que parecía encorvarse más con cada segundo que pasaba. Todos le decían que se enderezara y lo hacía, aunque al rato se le olvidaba y sus hombros volvían a jorobarse. Se irguió por unos segundos para verse más alto y con buena postura, pero al apartarse del espejo se volvió a encorvar. Bostezó y se sacó las zapatillas y los calcetines agujereados. Se echó sobre la cama, que era en realidad un colchón sobre el piso,

y miró las vigas expuestas del techo. Telarañas adornaban los vacíos entre los listones. No había sido un buen día.

Gárgola tenía la mente inquieta, y pensamientos tristes empezaron a colarse en su cabeza. Debía distraerse, calmar la mente un poco. Se levantó del colchón, se tomó la pastilla que le había recetado la doctora y fue hacia la ventana. La abrió y salió a sentarse en el tejado. Le gustaba estar ahí. Subía al techo todas las noches. Se sentía tranquilo en ese lugar, lejos de los demás. Se acostó sobre las tejas y dejó que la brisa otoñal le inflara la chaqueta. Se miró los brazos largos y huesudos, los dedos igual de largos y huesudos. Escuchó el cricri de los grillos, los últimos cantos de las aves, y las ruedas ásperas de uno que otro *skate* dando la última vuelta a la cuadra antes de entrar a cenar. Las estrellas comenzaron a parpadear, una por una, y la noche prematura las iba encendiendo como pequeñas pecas luminosas repartidas por el cielo. Se quedó contando los astros por unos minutos hasta que fueron demasiados para enumerar. Esa mañana había despertado triste otra vez, no entendía por qué no se le pasaba. Se sentía así casi siempre, desde que cumplió diez años; desde que el virus se llevó a su mamá. Ahora tenía doce y no lograba salir de esa pena. Un vacío crecía en

él y no sabía cómo llenarlo. Su papá se demoró en percatarse; estaba sumido en su propia tristeza. No fue hasta que Gárgola cumplió once y pidió no celebrarlo que se preocupó y lo llevó a un especialista. Le hicieron una serie de exámenes, pero no encontraron nada, así que lo enviaron a hablar con una señora amable, la doctora Libro. Ella le contó que ayudaba a niños como él, que los guiaba para salir de sus penas y angustias. Se juntaban todos los jueves. Ella lo contenía en momentos así. Recién era martes y Gárgola deseaba que fuera jueves. Miró las estrellas y respiró profundo tal como la doctora Libro le había enseñado:

—Acuérdate, Gargo, respira hondo, cuenta hasta cinco y suelta el aliento. Hazlo tres o cuatro veces y ya verás que las cosas se van a ir calmando.

Ese día se había encerrado en el baño del colegio y había respirado hondo, una y otra vez, hasta dejar de temblar. Volver a las clases presenciales después de un año y medio en cuarentena le provocaba pánico. Solo así, escondido, lograba ahuyentar los pensamientos negativos y enfocarse en cosas buenas. Cosas como su pieza en el ático, sus ratos sobre el tejado, resolver un acertijo o una fórmula matemática, o juntarse con su mejor amiga, Encina, para hablar de extraterrestres y fantasmas. Gárgola se ocultó en el ba-

ño hasta que sonó la última campanada del día. Esperó unos minutos para asegurarse de que los pasillos estuviesen despejados de niños y salió del escondite. Caminó solo a casa, el sol se estaba poniendo, el trecho era largo, pero no le importó la distancia. Empezó a correr un viento húmedo y frío, así que sacó su chaqueta de la mochila y se abrigó. El aire transportaba el aroma del bosque de pinos que crecía en el costado oriente del pueblo. Se detuvo unos segundos en la vereda y observó cómo las ráfagas mecían las copas de los árboles. Los pinos se asomaban del otro lado de un gran campo de hierbas que se extendía entre el colegio y su vecindario. Luciérnagas chispeaban sobre la pradera, lanzando luces cetrinas sobre los pastos secos, cambiando de lugar de un segundo a otro como chasquidos luminosos en el aire. El viento se intensificó y la hierba se agitó y vio cómo un oleaje verde y amarillo cruzó el prado, ida y vuelta. El vaivén sonó áspero como un río contra las piedras y las luciérnagas se ocultaron de la vista.

Al final del trecho de campo, Gárgola se quedó mirando la casa ruinosa de la familia Kravark; las ventanas siempre oscuras, el pasto seco y largo, la puerta descuadrada, las tablas de la entrada torcidas, la pintura pelándose en bucles

de la fachada, y la mayoría de las tejas caídas a la tierra. La casa también tenía un ático, aunque el de ellos estaba ennegrecido como si se hubiese incendiado. Gárgola juraba que hacía más frío cuando pasaba frente a la casa de los Kravark, porque se le erizaban los vellos de la nuca. Casi nunca se dejaban ver. Habían llegado al pueblo justo antes de la pandemia y se recluyeron desde entonces. Nadie sabe mucho de ellos y se rumorean cosas: que son rusos, o que son criminales escondiéndose de las autoridades, o que ocultan una fortuna entre las paredes descascaradas de la casa, o que son caníbales, pero eso solo lo dice el joven Cejas, y nadie le cree. La mamá de Encina, la señora Cul-de-Sac, los defiende argumentando que de seguro son tímidos, nada más. Gárgola no estaba tan seguro de eso, el nombre de la familia le daba susto. La simetría capicúa de las letras, kra-v-ark. Era un palíndromo, no le gustaban los palíndromos.

Cuando llegó a casa, su papá le había dejado un plato de comida fría en la cocina, sobre la mesita cuadrada donde antes comían juntos... antes, cuando su mamá seguía con ellos. Pensó en ella mientras miraba las estrellas acostado en el techo del ático. Cerró los ojos y contó los respiros tal como le había instruido la doctora Libro y

sintió una gran calma crecer en su pecho. Dejó que la serenidad lo envolviera y se quedó dormido en el tejado. No era la primera vez que pasaba la noche en el techo, le sucedía con frecuencia desde que había muerto su mamá. Antes de la pandemia, ella lo acompañaba en el tejado, le traía una manta para abrigarse y un té de menta. Se quedaban hasta tarde conversando sobre los colores del ocaso y al caer la noche ella le mostraba sus constelaciones favoritas. Pero ahora Gárgola estaba solo y se durmió pensando en ella. Durmió profundo, más de lo normal, tanto así que no soñó cosa alguna, ni escuchó el crepitar de las tablas en la entrada de su casa. Tampoco se dio cuenta de que alguien o algo merodeaba sigilosamente en la madrugada, dejando un conejo muerto en el umbral de cada puerta de la cuadra.